



Mediaciones, Límites y Posibilidades de la Acción Política

Mediations, Limits and Possibilities of Political Action

Ander Gurrutxaga Abad^(*)
Universidad del País Vasco - España

Resumen

Resulta provocador preguntarse sobre los límites y las mediaciones que intervienen en las definiciones que la política hace de aquella realidad que quiere comprender, porque a la postre es lo mismo que plantearse el problema de cuáles son sus posibilidades para encauzar la agenda de cuestiones de las que se ocupa. Todas tienen un punto en común; en conjunto y por separado cuestionan sus sentidos tradicionales e interpelan los contenidos, las formas, los procedimientos y sobre todo, las posibilidades de la acción política. ¿Por qué digo esto? Porque la política es mater magistra cuando de crear mediaciones y trazar límites se trata. Es más se ha constituido como praxis individual y colectiva y como discurso inclusivo y exclusivo, creando límites y limitaciones, fronteras -algunas posibles de transitar y otras imposibles-, expectati-

Abstract

The inquiry about the limits and the mediations that intervene in the definition that politics makes about the reality which tries to understand is thought-provoking. This is the same as thinking about which are its possibilities of setting and following an agenda regarding several issues with which politics deals. All of these issues have something in common: together and separately, they question its traditional meanings, the contents, forms, the procedures and, above all, the possibilities of political action. Why do I say this? Because politics is mater magistra when dealing with mediations and limits. Moreover, it has established as an individual and collective practice, and as an inclusive and exclusive discourse, setting limits and limitations, frontiers -some of them possible to transit and others impossible-, expectati-

vas, medios y procedimientos para lograrlas pero también construye grandes ideales, algunas frustraciones, muchos intereses y pocas oportunidades. Hoy la cuestión es que los límites están avalados por fenómenos que trascienden los espacios y los escenarios tradicionales de intervención y de representación de la acción política, sin que se sepa muy bien cómo abordar las consecuencias que generan o siquiera responder a las dudas planteadas.

Palabras clave: *política, mediación, acción social, modernidad, multiculturalismo.*

expectations, means and procedures to achieve them. It also builds great ideals, some frustrations, many interests and few opportunities. Today, the point is that the limits are guaranteed by phenomena which transcend traditional spaces and scenarios of intervention and representation of political action. It is not well known how to deal with the consequences they generate.

Keywords: *politics, mediation, social action, modernity, multiculturalism.*

1. EL PROBLEMA

El recorrido por los meandros de la praxis política a comienzos del siglo XXI deja abiertas algunas cuestiones. En primer lugar, su estudio arrastra tras de sí a una larga tradición, gran memoria histórica y la acumulación de preguntas y respuestas prácticamente desde los debates en la primera modernidad entre los antiguos y los modernos. Podríamos, de hecho, representar la trayectoria histórica de los últimos cinco siglos como el juego que aúna perspectivas y rostros que no se mueven en una única dirección sino que, al contrario, tras la mirada están los debates entre ideales en competencia, denotando que tras las expectativas, las posibilidades, los procedimientos, las formas y los métodos, la correlación no es la sujeta ni la esperada.

Resulta provocar preguntarse sobre los límites y las mediaciones que intervienen en las definiciones que la política hace de la realidad que quiere comprender, porque a la postre es lo mismo que plantearse el problema de cuáles son sus posibilidades para encauzar la agenda de cuestiones, todas ellas tienen un punto en común; todas en conjunto y por separado cuestionan sus sentidos tradicionales e interpelan los contenidos, las formas, los procedimientos y sobre todo, las posibilidades ¿Por qué digo esto? porque la política es *mater magistra* cuando de crear mediaciones y trazar límites se trata, es más, se ha constituido como praxis individual y colectiva y como discurso, creando límites y limitaciones, fronteras - algunas posibles de transitar y otras imposibles-, expectativas cursadas y medios y procedimientos para lograrlas pero también genera ideales, frustraciones, intereses y oportunidades. Hoy la cuestión es que los límites están avalados por fenómenos que trascienden espacios y escenarios tradicionales de intervención y representación, sin que se sepan abordar las consecuencias que generan o siquiera responder a las dudas planteadas.

Mi hipótesis es que estamos ante un fenómeno complejo que media en nuestra definición de la realidad y donde no se ponen en cuestión ni su necesidad ni sus objetivos, sino el cómo encarar sus limitaciones para sumar a las funciones tradicionales -que son las que, sobre todo, desempeña- aquellas otras a las que le obligan los procesos y cambios que acontecen en los escenarios sociales globales. Procesos como, por citar los más significativos, la “naturalización” de la globalización, la individualización de los proyectos colectivos, la desinstitucionalización, la reconfiguración del poder político, en especial, la revisión de lo que es o de lo que debe ser el

Estado-Nación. Estos conviven con otros como la exaltación de valores locales, identidades inmediatas o el regreso a la micropolítica como si pudiese ser la respuesta a la complejidad de los fenómenos que arrastra la política como, por ejemplo, la aparición de formas y de modelos de desarrollo económico que poco tienen que ver con los auspiciados por el paradigma de la modernización, la necesidad de nuevos modos y nuevas formas de gobernanza, las respuestas a identidades multiculturales, la politización del medio ambiente o el profundo sentido político de la pobreza, por citar algunas de las cuestiones más básicas. Estas evidencias coexisten con la impresión que se tiene de la crisis que atraviesa las estructuras de representación e intermediación de los intereses colectivos, especialmente la institución parlamentaria y los partidos políticos.

Las teorías al uso de la política reconocen que no tienen respuestas frente a la implosión de algunos de los logros sociales más notables de las democracias, sean en el ámbito local, nacional o supranacional, en las democracias consolidadas, en los países en transición o en los países ricos y en los pobres. Las respuestas innovadoras están suspendidas en el cielo de los principios, atrapadas por un grado de complejidad de tal calibre que impiden el sueño de la innovación de los medios y de las formas de hacer política. Es como si con el incremento de complejidad en el objeto y en los objetivos se olvidara la capacidad de innovación política. La conclusión es que la política exhibe la disonancia entre sus hechos y sus ideales. Veamos si no, por ejemplo, lo que ocurre con la teoría de la democracia como un valor, es decir, el discurso de quienes identifican el verdadero sentido de ésta con la vivencia de ciertos valores en los que está contenida la esencia ética de la sociedad democrática, de los que con tanta frecuencia se prescinde o el hecho de que la política es cuestión de “detalles” y que aquél o aquellos que los olvidan están llamados a recordar que son las formas institucionales y los procedimientos los que diferencian unos regímenes y otros y no tanto la viscosidad de la retórica democrática, en muchas ocasiones carente de aquellos contenidos con los que pretende identificarse.

Otro tanto ocurre con el tipo de discursos, tan queridos por otra parte para el paradigma dominante en la ciencia política en la segunda mitad del siglo XX. Me refiero a las teorías del elitismo competitivo, que en cualesquiera de sus versiones, intentan asentar la cabal comprensión del funcionamiento de las democracias, pero con más frecuencia de la deseada olvidan que la praxis de la democracia no puede quedar reducida a la competición por el prestigio, el poder o el dinero. Estas teorías no supieron

tampoco desprenderse de las ideas del ciudadano cínico y egoísta, ni de que las preferencias políticas no son impulsos o deseos vacíos de cualquier motivación añadida cuando, por ejemplo, saben con precisión que en el espacio político juega un importante papel la cooperación social, la identidad o el reconocimiento. El hiper-realismo de estas propuestas se equivoca con frecuencia y más cuanto más relevantes son los acontecimientos sobre los que habla o los que quiere interpretar. No podemos tampoco obviar con estas pinceladas lo ocurrido con el discurso de la democracia radical, aquel que apela al cambio permanente, a la voluntad sin barreras como medio para conseguir los objetivos que se persiguen, a la vulnerabilidad de los límites, a la espontaneidad y creatividad de las fuerzas de oposición social y política. Hasta el momento, al menos, ninguno de estos hechos tiene visos de despertar contrapoderes con fuerza suficiente para modificar las tendencias políticas que llevan a la política a un callejón “sin salida”.

Ni para la Sociología ni para la teoría de la mediación, la política nunca ha sido un territorio analítico bien delimitado. Para la tradición sociológica, la política se anuncia como un instrumento, se publicita como una promesa, se expande como posibilidad y se vive como oportunidad. Es invención, compromiso y mediación.

2. POLÍTICA, MODERNIDAD Y DESAFÍOS DEL PRESENTE

No podemos perder de vista que la construcción de la política, entendida bajo los parámetros que adquiere con la modernidad, aparece en los albores de ésta. Las causas inmediatas son las reformas religiosas - protestante y católica que ocurren a lo largo del siglo XVI- y la paz que se declara en Europa después de la guerra de los treinta años. La política surge como la representación que crea el espacio social y visualiza los deseos de instaurar el escenario desde donde dirimir los intereses en pugna, asegurando que en la confrontación no están en juego ni la vida propia ni la ajena sino la controversia civil. La política es, desde esta perspectiva, el espacio de civilidad y la represión de los instintos de muerte y destrucción.

La modernidad articula los deseos de encauzar estos dilemas a través por una parte de la gestación del hombre modular y, por otra, de la constitución del Estado-Nación. En el primer caso, tal y como explicita E. Gellner, el hombre modular disfruta o sufre por las condiciones que gesta la modernidad y por la ausencia de una posición social adscrita y rígida. Él

construye su posición social mediante la multiplicidad de contratos menores que le vinculan con los semejantes. Para articular esta red hablan el mismo idioma, comparten la cultura y aprenden a socializarse bajo la regla de que aquellos con quienes “firman” los contratos comparten la misma cultura porque ésta vincula los unos con los otros. En el segundo caso, el Estado es el instrumento de la organización social y política que hace posibles los sueños de la política. Es obvio, y yo no lo voy a discutir aquí, que los Estados son anteriores a la llegada de los tiempos modernos, pero desde la revolución francesa se fundieron el estado y la nación dando lugar al Estado nacional. Configurar la Nación y el Estado es crear las condiciones políticas, sociales y económicas que representan pública y socialmente estas condiciones. Por ello, la política encierra al Estado en el espacio nacionalmente configurado. El Estado nacional define la agenda de la política y articula la representación del poder, la hace viable mediante la creación de redes institucionales, de las reglas de juego pertinentes y del orden normativo. De esta manera dota a la política de objetivos y a la nación de un destino.

En el presente, la política se encuentra con problemas inexorables. El carácter complejo, no lineal, del tiempo histórico encuentra la representación en el debate sobre los límites que la naturalización de la globalización impone a la política porque gestionar las consecuencias de su éxito o de su fracaso es administrar la complejidad de este proceso del que no se conocen todos sus extremos ni algunas de sus consecuencias. La globalización es “una ventana al mundo” pero si miramos hacia afuera, al mundo exterior, lo que vemos no es lo que occidentalistas u orientalistas quieren que veamos sino las redes que segregan interdependencia e interconexión. La “naturalización” de la globalización ejerce tal atractivo que redobla el interés por el papel de la política, de tal suerte que puede sentirse que se está lejos y cerca de ella, que aún cuando no la reconoce cree que los bienes le pertenecen. Es parecido a la esquizofrenia social funcional, *se está para ser, pero no se es sino se está*.

En paralelo a la “naturalización” de la globalización emergen procesos como el de individualización. Si aceptamos la idea, tal y como sugiere U. Beck, de que la ética de la realización y el triunfo individual es la corriente más poderosa en la sociedad moderna, entonces concluimos que el personaje central de ésta es el ser humano capaz de escoger, decidir y crear, que aspira a ser el autor de su vida y el creador de la identidad individual. La idea, como expresa Z. Bauman, es que corresponde a los indivi-

duos llevar su propia causa adelante y defenderla ante los promotores de otras causas. La individualización consiste en que la identidad humana deje de ser un dato y se transforme en una tarea para cargar sobre los actores la responsabilidad de ella. La individualización trae la libertad de experimentar y hacer frente a sus consecuencias.

El abismo entre el derecho a la afirmación personal y la capacidad de controlar los marcos sociales que la tornan factible es la contradicción principal de la segunda modernidad. Esta situación plantea dos problemas; el primero es que las contradicciones sistémicas, es decir, los problemas globales son también individuales. El segundo es que hay que buscar soluciones locales a problemas globales.

El trasfondo de este recurso describe cómo lo *auténticamente* nuevo es la pregunta por la agencia capaz de implantar aquellos objetivos, cualesquiera que sean, que han sido racionalmente determinados, de modo que pueda hacerse de la determinación racional una propuesta sensata, meritosa y atractiva. Hoy día la disolución de la sociedad en tanto agencia imaginaria -producida por la experiencia de una separación creciente entre el poder global y la política local, por la magnitud de los problemas y lo limitado de las herramientas de acción necesarias para enfrentarlos o resolverlos- constituye el obstáculo desesperante para la determinación racional de los objetivos y una de las principales fuentes contemporáneas de la extendida sensación de "impotencia pública".

Lo que destaca de forma más significativa del marco estructural de la individualización es el proceso de desinstitucionalización. ¿Qué quiero decir con esto? Quiero indicar que las instituciones básicas que soportan el peso de lo social son discutidas en los contenidos y funciones tradicionales. La situación plantea algunas cuestiones relevantes. Las más significativas son los problemas de legitimidad y autoridad que afectan a los principios por los que se rige la vida social. Estamos ante hechos novedosos, si las certidumbres de los marcos institucionales se fragmentan, se discuten o aún peor se disuelven en un mar de posibilidades, lo que queda es lo que damos por sabido. Los cuadros sociales donde están ubicadas las evidencias se fragmentan y surgen ante nosotros múltiples posibilidades que deben dilucidarse a cada paso y a cada momento.

Si hay un hecho que destaca por encima de cualesquiera otros cuando queremos abordar los sentidos de la política es la situación del

Estado-Nación. En la revisión de los cambios estructurales que le afectan, no debe perderse de vista que el Estado-Nación es joven, que en los tres últimos siglos incrementa el tamaño y sus ámbitos de intervención y en los últimos veinticinco años, sobre todo en Europa, si bien asistimos a la revocación de algunos de sus poderes tradicionales -acuñación de moneda, Bancos centrales, política industrial, política monetaria-, otros mandatos están en proceso de crecimiento (sobre todo, en lo que se refiere a las esferas privada del ciclo vital y de las familias). Por otra parte, el *afán estatalista* está lejos de haber culminado su recorrido, particularmente en el mundo poscolonial; África, Europa del Este, Asia u Oriente Medio. En estas zonas del mundo muchos países “añoran” hablar no del cansancio o la crisis del Leviatán sino “tan sólo” de la existencia del Estado.

La globalización aporta a la dinámica política la construcción de nuevos límites políticos, económicos y sociales que facilitan el tránsito del espacio político local al nacional y al postnacional. Los tres son necesarios, se necesitan porque de la misma manera que no hay nación sin tradición, el imaginario postnacional sólo se comprende siendo primero nacional. La globalización no clausura nada. Al contrario, hace posible las conexiones, la interdependencia y la mutua *contaminación*. Otra cosa es adecuar los sentidos de la política a la organización del presente o incluso podría preguntarse si en el mercado político existen fórmulas para leer y tratar los hechos nuevos.

Planteadas así las cosas surgen dos cuestiones. La primera tiene que ver con las fidelidades múltiples o, dicho de otra manera, con la construcción colectiva de la interdependencia política. La segunda con la creación de marcos políticos capaces de unir experiencias desiguales y transformar la interdependencia en evidencia sociopolítica. Esto no significa que si la globalización crea nuevos límites y mediaciones asegure por ello un orden mundial novedoso. Sabemos que la globalización “no ha venido con un pan debajo del brazo” ni tampoco con fórmulas capaces de organizar las fidelidades múltiples. De esta forma, por mucho que se hable de la crisis del Estado, tengo la impresión que no hay sustitutos para este intangible de la acción política. Por eso vale la pena situar los términos del debate en el proceso, ¡este sí es verificable! de reconfiguración del poder político. El problema, entonces, es cómo aunar los planos micro, meso y macro de la organización política o, expresado de otra manera, ¿cómo asegurar la articulación entre la regionalización del poder político, que se mueve por encima de los Estados-Nación, con las funciones tradicionales

de los Estados vigentes y con los poderes políticos que han surgido en los espacios nacionales como productos o de reivindicaciones nacionalistas o de procesos de devolución de poder a instancias administrativas inferiores? Dicho de otra manera, y por utilizar un lenguaje tan en boga entre los científicos políticos, el problema del Estado no es el de su crisis sino el de la gobernanza, es decir, cómo tratar con planos y niveles diferentes de poder, cómo crear fórmulas políticas que orienten una organización nueva del poder político. No es, en consecuencia, el Estado el que se queda viejo u obsoleto sino la representación que éste hace de su poder. Por otra parte, es conveniente reivindicar la necesidad del Estado cuando en algunas partes del mundo éste o no existe o es débil. La “modernidad insuficiente” es un problema en los lugares donde el Estado pugna por gestionar los principios del orden social. La ausencia del Estado, no lo olvidemos, traduce algunos problemas, incluso de supervivencia física, para aquellos individuos que habitan las sociedades y que no han alcanzado estadios de “humanidad razonables”.

Otro haz de cuestiones que surgen al albur de las consecuencias de este proceso, tienen que ver con la creación de marcos y fórmulas políticas capaces de atender el pluralismo estructural y la complejidad del tiempo histórico. Aquí se cruzan cuestiones donde las identidades políticas nacionales se compaginan con otras formas de vivir y estar en el mundo; sean éstas identidades culturales, religiosas, etc. El debate, por ejemplo, sobre ¿qué es la nación en el siglo XXI?, o sobre qué fórmulas políticas son las más adecuadas para alcanzar un grado razonable de convivencia en el magma de la globalización no ha hecho sino comenzar. Sabemos algo de todo esto; sabemos, por ejemplo, que hay experiencias y experimentos que en ocasiones acaban bien y otras muchas mal. Sabemos que no hay seguridad en las fórmulas al uso, sean las que surgen de la imaginería del mercado político o de las iniciativas sociales y sabemos que no pueden repetirse los errores del que cree que tiene la fórmula para erradicar conflictos políticos o nacionalistas. Aquí traigo a colación la prudencia analítica que demuestran algunos cuando citan la “*ilusión arquitectónica*” como la creencia de que la gran arquitectura, el marco territorial e institucional correcto, puede satisfacer las demandas políticas, apaciguar las pasiones y resolver los conflictos nacionales. La mayoría de las concepciones de la gran arquitectura implican la reorganización del espacio político según las líneas nacionales. Conviene recordar que hay conflictos que son, en principio y por su naturaleza, irresolubles y que la búsqueda de la arquitectura general de resolución de conflictos es problemática y, en muchos casos, está

mal orientada. Quizá debiéramos responder que la cuestión adquiere dimensión en la medida en la que el mundo global de sociedades individualizadas, secularizadas, con problemas de integración –sean éstas a través de las instituciones y de valores tradicionales (el trabajo, la religión, la política o el bienestar)– tienen dificultades, tal y como hemos visto, para cumplir con todas las promesas. La reflexión alrededor del Estado-Nación transita, en consecuencia, a través de los hombros de nuevas realidades que provocan en algunas ocasiones la refutación de algunos de los lugares comunes de la tradición política occidental y de los soportes sobre los que ésta se erigió. No es sólo, tal y como indico, que estemos ante cambios de una magnitud que cueste asumirlos o digerirlos, sino que los sentidos de la política parecen en trance o de desaparición o de reconfiguración, y no porque el Estado carezca de sentido –ya hemos visto que en muchos lugares del mundo su presencia es incipiente o precaria– sino porque aparecen agentes que desbordan la comprensión del presente que la ciencia social erigió con tanta laboriosidad.

3. LÍMITES DE LA POLÍTICA Y SENTIDOS DEL CAMBIO

La experiencia histórica de los últimos años replantea el optimismo de los adalides de la modernización. Las experiencias, por ejemplo, de las sociedades postcomunistas muestran que todo no es posible y que todo no está al alcance de la voluntad política. Se pone el énfasis en las barreras, en las fricciones, en las involuciones, los retrocesos y en las rupturas del paradigma de la modernización. Por otra parte, en lugar de la preocupación, casi exclusiva, por el crecimiento económico, se dirige la atención hacia los valores, las actitudes, los significados simbólicos y los códigos culturales, en suma, hacia los intangibles de la acción política, en tanto éstos son los requisitos de la modernización.

Estas impugnaciones demuestran que los procesos admiten éxitos y derrotas; éxitos en algunos campos de la actividad y fracasos en otros. Si la modernidad define la adquisición de una velocidad de progreso técnico mucho más rápida, en efecto, desde hace dos siglos, hay que recordar que el ritmo varía en las regiones del mundo. La modernidad, como sinónimo de la occidentalización, choca con resistencias y dificultades de adaptación que impiden la unificación del mundo. Demuestran que no hay un modelo de desarrollo, ni modelos homologables de modernización y que la democracia no se puede exportar porque no se pueden importar los derechos.

Como se recuerda con insistencia, siguiendo la estela dejada abierta por A. de Tocqueville, la virtud de la democracia es la paciencia. La experiencia empírica se asocia bien con este aserto ya que en todos los países democráticos, la instauración de este sistema de gobierno necesitó entre dos o tres siglos para asentarse. Conviene reparar en este hecho para evitar que los ciudadanos occidentales olviden su historia, en ocasiones tan trágica y tan poco “recomendable”. Olviden, por ejemplo, que costó siglos construir lo que hoy les parece evidente; que los derechos de la ciudadanía son el producto de un largo período histórico y que las tradiciones políticas son el resultado de muchos cambios, algunos insignificantes, otros de envergadura pero que todos ellos erigen un suelo, un humus social y político desde donde comprenderse, verse y definirse como sociedad democrática. Este recorrido necesita tiempo. El olvido de la historia y la impaciencia forman el cuadro de imposiciones que trasladamos a los países que quieren construir regímenes democráticos, como si hubiéramos decidido prescindir del tiempo y apostar por la posibilidad que “*de la noche a la mañana*” los que deben cambiar deben hacerlo para alumbrar democracias maduras. De esta forma no es que se nieguen los errores ajenos, sino que siguiéndolos no hay tiempo para construir los fundamentos cívicos sobre los que basar la superestructura democrática, no hay tiempo para construir los “hábitos del corazón” sobre los que escribió A. de Tocqueville y que constituyen la base de la tradición política democrática.

Provisionalmente llego a la conclusión de que tenemos suficiente cobertura empírica para sostener la hipótesis de que estamos ante “un lugar arrebatado”, lo que significa que en muchos casos no sabemos qué hacer y no conocemos para qué sirven los instrumentos conceptuales y teóricos heredados de la tradición occidental. Dicho de otra manera, cómo interpretar la ambivalencia del presente, el escepticismo, los tiempos híbridos, cuando no podemos olvidar que el tiempo histórico está plagado de amalgamas, que lo viejo y lo nuevo se superponen en un encuentro donde los momentos se cruzan en un juego sin fin, donde emergen realidades que se creían superadas por los acontecimientos de la historia y otras que no se sabe como catalogarlas porque se recrean en la complejidad de aquello que escinde, fragmenta y ordena espontáneamente la realidad desde el impulso de la necesidad. Lo que detectan las formas de describir el presente es que la imagen se asemeja a la realidad magmática donde si todo está al alcance de la mano, no hay un orden claro y lo nuevo

y lo viejo pugnan entre sí, aunque ni el uno ni el otro se reconocen en sus denominaciones de origen.

En las últimas décadas emergen propuestas de desarrollo económico y de modelos políticos que imitan a Occidente, pero que no son occidentales. Surgen concepciones sobre lo qué es el poder que quiebran la relación entre democracia-desarrollo económico-progreso. La consecuencia es que la política tiene que abordar problemas claves, como por ejemplo; ¿cómo gobernar la globalización?, ¿es posible? o tenemos que asumir que ¿estamos ante un problema de tal grado de complejidad que genera entropía generalizada y que sólo admite tratamientos locales y encauzamientos esporádicos, que huye de la fórmula de la “solución” y que en su catálogo no están las palabras alternativa o sus sinónimos? Desde mi punto de vista, y con el trasfondo estructural de los procesos citados, hay tres hechos especialmente significativos donde la interpretación no se mueve en simetría con su tratamiento político como son el multiculturalismo, la politización del medio ambiente y la pobreza como un hecho radicalmente político.

El primero es el multiculturalismo. Entre las dificultades que “enturbian” la interpretación de este fenómeno se encuentran las siguientes; 1) La significación que en los entramados sociosimbólicos de la política europea tiene el discurso de la homogeneidad. Los países occidentales, en la mayoría de los casos, se construyen desde un esquema sociocultural donde destaca la llamada a la homogeneidad cultural interna. De hecho, las sociedades occidentales la han perseguido como el objetivo de la dialéctica política y han constituido ésta en guía para interpretar las relaciones con aquellos que no forman parte del nosotros étnico-nacional. Esta concepción obviamente tiene algunas dificultades para interpretarlo desde el paradigma usual de la diferencia, sobre todo en aquellos casos que exhiben la identidad religiosa como el elemento de diferenciación, afirmación grupal y confrontación. 2) El valor político del eurocentrismo. Los países occidentales, al menos desde el siglo XVI, “tienen claro” que Europa es el centro desde donde se entiende y explica el mundo, esto significa que la “comprensión” de la diferencia y el acercamiento al Otro se lleva a cabo desde la proyección de los valores occidentales. 3) El éxito de Occidente a lo largo de los últimos cinco siglos crea un camino y formas prototípicas de comprender las relaciones y el estatus de los “Otros”. Occidente exhibe como éxito el modelo de desarrollo económico, su inserción política y su estatus sociosimbólico. Este éxito permite exhibirse y presentarse como referencia

a imitar por otros países y otras regiones del mundo. 4) La secularización y la desacralización de las identidades religiosas en Europa genera que la exhibición valorativa, por parte de algunas expresiones culturales del hecho religioso como un fenómeno con vínculos políticos, haga difícil entender el significado y la complejidad que encierran la “metamorfosis de Dios” y la politización de las identidades asociadas. 5) En Europa, al margen de las singularidades locales y del valor que para muchos tiene el paradigma de la diferencia, el modelo de relación entre la idea de quienes “somos Nosotros” y quienes los “Otros” está fundada sobre las relaciones asimétricas que se establece entre “los que están y son” y los “que llegan y no son”. En el fondo está el manejo que Europa hace de cual es su “hogar”, quienes forman parte de él y cómo los “otros” pueden y deben formar parte de él. El símbolo del ciudadano europeo, como propietario de “su hogar”, crea dificultades a cualesquiera de los discursos identitarios que se ofrecen desde la defensa del paradigma de la diferencia para “buscar soluciones” factibles a las consecuencias no previstas del multiculturalismo. 6) Otro hecho es la indefinición de muchos de los individuos que acuden a Europa desde otros lugares del mundo, sobre todo desde la cuenca mediterránea y África, debido a que quizá interiorizan-¿socialización anticipadora?- que es lo que tienen que hacer *para ser*. Esto les sumerge en el juego social donde el orden de lo cotidiano obliga a tener que aceptar prioridades que no pasan tanto por exhibir “quienes son”- su identidad- sino por sobrevivir a condiciones laborales y socioeconómicas habitualmente difíciles. La politización de la identidad o la llamada al valor social de la religión, sorprende incluso a muchos de los recién llegados, aunque bien es verdad, que pese a todos los problemas que suscita la gestión cotidiana de la diferencia, el discurso sobre el multiculturalismo abre un universo de posibilidades a los defensores del valor de la diferencia porque ofrece un mapa de conducción -GPS- y algunas respuestas a la indefinición y asimetría originarias en su contacto con la cultura e instituciones mayoritarias. Esto les permite, por ejemplo, regenerar el concepto comunitario de hogar para identificarse con discursos, praxis, instituciones y liderazgos que aunque sean sólo “pretendidamente” originales son, en todo caso, de gran eficacia social.

Tengo la impresión que ante este conjunto de hechos las respuestas políticas demuestran sus límites y, paradójicamente, sus fortalezas. El futuro es problemático; no hay -o yo no soy capaz de percibirlo con nitidez- modelos fiables para encarar la cuestión de la identidad política basada en fidelidades múltiples, sino experimentos cotidianos y cercanos. La estabilidad política depende del juicio en los escenarios de la vida cotidiana

del acierto que se tenga para las decisiones que se adopten para mantener el carácter abierto de esas sociedades y en que las instituciones que las soportan funcionen. Así y todo, el futuro es problemático; los Estados-Nación se muestran débiles cuando tienen que comprender y tratar cuestiones que o tienen su origen en cuestiones de identidad o cuando cristalizan en versiones diversas de defensa de la identidad.

El multiculturalismo no *cierra* los problemas a los que debe enfrentarse la política. Así, como indicaba, se produce la politización de nuevos hechos entre los que destacarían los derivados del medio ambiente. Hay tres cuestiones relevantes: a) la diversidad biológica, b) el debate alrededor de las fuentes energéticas y c) el cambio climático. Estos tres hechos expresan, paradójicamente, las consecuencias del éxito del sistema, de sus modelos de modernización y crecimiento económico y por otra parte, la politización de las consecuencias no deseadas del éxito económico.

Las razones del *colapso* medio ambiental pueden ser diferentes en cada uno de los casos, aunque todos estén interconectados. En todos ellos los hechos apuntan a que en la sociedad del siglo XXI, la fusión naturaleza-sociedad genera no sólo que el medio ambiente se transforme en un problema político, sino que la incertidumbre y el riesgo se introduzcan en el lenguaje de lo cotidiano a través de los discursos medioambientales, plasmándose en una sociedad basada en el cálculo de probabilidades, una sociedad que podría definirse como *sociedad de probabilidades*. Lo que ocurre es que *jugar* con éstas no es un juego de azar. No se trata de tener mejor o peor fortuna, mejor o peor suerte. La paradoja es que es el discurso científico y no el político, el que “marca” las reglas de juego de la politización del medio ambiente e incluso cuando se disputa sobre los resultados o hallazgos de la ciencia encontramos el hipertexto que rige el orden de las narrativas y avalado por “hechos científicos”. Se discuten los resultados y las consecuencias de los problemas medio ambientales, se disputa sobre hipótesis, datos y hechos empíricamente contrastables, pero no sobre el hipertexto ni sobre la narrativa, como demuestra, por ejemplo, la escasa incidencia de las discusiones sobre la sustentabilidad de las actuales modelos de desarrollo o la viabilidad de las vigentes sociedades de consumo, quizá porque cuesta encontrar proyectos que no asuman la sociedad de consumo, sus aprioris y sus consecuencias.

La legitimidad del riesgo está no tanto en las consecuencias del desarrollo y el consumo sino en el conocimiento que lo avala y éste es el

que cree poder “domesticar” las consecuencias del éxito del mundo occidental. Lo “curioso” es que el riesgo juega con la incertidumbre porque cree que aceptar esa vía tiene como consecuencia “domesticar” y ordenar la incertidumbre para crear seguridad. Paradójicamente, ésta es visible cuando el hipertexto científico “avisa” que existe esa probabilidad. Es como si la visibilidad descubriese el juego de la probabilidad; “*nada seguro, todo probable*”. El lenguaje de la veracidad es el lenguaje de la probabilidad, de igual manera que los escenarios probables crean certidumbres que acercan y “anclan” este deseo, en tanto es el instrumento del que disponemos para reducir la incertidumbre. Paradójicamente, crear certidumbre supone reproducir, de forma ampliada, la incertidumbre en tanto el juego de las probabilidades permite “atar” la incertidumbre. En realidad, las probabilidades presentan el riesgo que anida en el interior de la conexión entre naturaleza y sociedad. “*Manejar*” esta paradoja es gestionar su campo de probabilidades donde la certidumbre aparece si se incrementa el control sobre aquello que creen que la produce. La cuestión es, ¿cómo hacer esto? ¿son suficientes las llamadas al cosmopolitismo compartido por mor de los efectos del cambio climático?, ¿se puede reducir el juego de probabilidades con políticas orientadas al control del medio ambiente?, ¿son suficientes los instrumentos de los que disponen los territorios de la política, tal y como se describen en las conferencias internacionales sobre el cambio climático?

Las amenazas que resultan de la globalización del riesgo son significativas, porque con los estilos de vida y las bases tecnológicas de las que disponemos, el mundo se dirige hacia dos opciones. La primera es que lo mejor que puede ocurrir es una corriente de desarrollo en el “Tercer Mundo”. Sólo del recuperado crecimiento en África, América Latina, Asia Central y Meridional pueden venir capacidades para canalizar el crecimiento demográfico del presente y del futuro cercanos. Sin embargo, si esto se consigue y algunos millones de seres humanos pasan de la indigencia presente a alguna forma de bienestar (al menos como hoy lo concebimos), ¿podrían los ya precarios equilibrios ecológicos y medio ambientales soportar el impacto consiguiente? ¿Nos hemos puesto a pensar, por ejemplo, qué ocurrirá si China, India, Malasia, Indonesia, Tailandia... reclaman tasas de consumo similares a las que tienen las sociedades occidentales? La segunda es que si las expectativas sobre el desarrollo quedaran frustradas, la variable ambiental podría quedar adormecida algún tiempo más, pero entonces el coste podría ser ver pulular redentores y profetas junto a situaciones socioeconómicas insostenibles con las inevitables consecuencias en forma de conflictos irresolubles, actos de terrorismo, etc. La deducción

de este doble problema es obvia; la miseria local en amplias zonas del mundo y la estabilidad global en otras, dentro de un ciclo de aceleración de la globalización, parecen menos compatibles de lo que lo fueron por siglos.

La paradoja es la siguiente: el éxito económico, con las actuales pautas de desarrollo tecnológico y de bienestar, puede acercarnos a la crisis sistémica de naturaleza ecológica o al fracaso económico y provocar otras fuentes de producción de entropía. El dilema es claro: problemas ecológicos, sobre la base del éxito económico, o problemas políticos-sociales, sobre la base del fracaso económico (y todos los equilibrios imaginables intermedios). No es extraño, ni parece aventurado señalar que las futuras generaciones tendrán que reinventar el desarrollo y nuevas formas de entender el bienestar, ya que en su versión actual parece haberse convertido en una amenaza para todos, sea en perspectiva ecológica o en la política-social.

El tercer reto para la política es enfrentar con alguna posibilidad de éxito la pugna contra la pobreza en inevitable expansión espontánea. Esto supone reconocer lo que muchos estudios señalan, el crecimiento económico no es suficiente. Es evidente que la mejor distribución de los ingresos acelera el efecto de reducción de la pobreza asociado a él, pero otros ejemplos demuestran que lo que se vuelve clave es la calidad del crecimiento y de los supuestos institucionales que los sostienen. Hasta ahora, sólo en Asia se han puesto en marcha transformaciones que han multiplicado la capacidad de crecimiento y han contribuido a reducir el peso social de la pobreza. De no llevarse a cabo procesos similares en otras partes del mundo, los problemas de la humanidad en esta primera parte del siglo XXI pueden resultar abrumadores. En diversas partes del mundo desarrollado, la desigualdad se presenta como el empeoramiento de la distribución de ingresos y en otras como la incrustación crónica de elevados niveles de desempleo. En el subdesarrollo a esos problemas se añade otro: la amplitud social de la pobreza.

La sociedad, no lo olvidemos, es un pacto de seguridad colectiva y la globalización puede que sea la extensión de esa misma seguridad y no sólo la mayor capilaridad de los mercados. El hecho concreto es que hoy la ayuda oficial al desarrollo que, según todos los compromisos, debería representar el 0,7 por ciento del PIB de los países más avanzados apenas llega a una tercera parte de ese valor, 0,25%. Los datos nos indican que hay que rescatar nuevas formas de imaginar lo “distinto posible” que se ha

vuelto necesario frente a una nueva explosión de complejidad. Ya no como ingeniería social cuasi pura sino como la necesidad de experimentar fórmulas de vida menos insostenibles que las presentes. Esto no significa poner todo “patas arriba” sino leer bien los signos y las posibilidades del presente. Significa, por ejemplo, que los mercados son esenciales para fomentar la innovación tecnológica o para diseñar urgencias colectivas. Frente a los desafíos demográfico-ambientales, la arquitectura del presente requiere obras de rehabilitación y esto tendrá que ocurrir en formas distintas respecto al pasado, tendrá que ocurrir con la sustitución de nuevas fuentes energéticas, con la disminución de contaminantes, con el fomento de la calidad en el consumo, con rediseños de las estructuras urbanas de las ciudades, con la proliferación de las certificaciones de calidad ambiental, con la suscripción de los aspectos contenidos en la Agenda 21 de la Conferencia de Río, con el rediseño de nuevas formas de utilizar los medios de consumo, el transporte colectivo o rediseñar el urbanismo.

4. MEDIACIÓN Y LÍMITES DE LA POLÍTICA

Los datos pueden indicar que hay que rescatar la utopía, aunque, paradójicamente, no estamos ante la impugnación del modelo vigente, sino abordando algunas de las consecuencias de su éxito. Los *mapas del tiempo* no tratan de impugnar aquello que no saben impugnar pero sí se muestran capaces de releer lo que la aceleración de la historia y el incremento de complejidad de los últimos cinco siglos han puesto ante los ojos de la ciudadanía.

La consigna es clara: repensarlos. Esta es la tarea fundamental del siglo XXI. El sistema político vigente demuestra en ocasiones capacidades para innovar la innovación, para adaptarse a circunstancias difíciles, para cambiar el cambio, para responder a las necesidades del crecimiento económico y del desarrollo social y cultural, para generar mejores condiciones de vida a cientos de millones de personas y para convulsionar la vida social, política y económica. Cabe pensar que en estas circunstancias sea capaz de encarar su reforma, aunque sólo sea como el requisito imprescindible para su supervivencia. Esta es la formidable tarea a la que nos enfrentamos en estos albores del siglo XXI; sondear estas posibilidades frente a la redefinición de nuevas zonas de protección social y nuevos espacios de competencia. Pero con la energía entrampada en los combustibles fósiles, con sociedades enzarzadas en formas de consumo insustentables y con

oleadas demográficas que no termina de encauzar un crecimiento sustentable, es posible que sea el capitalismo mismo el que pueda terminar volviéndose insustentable, a menos que encuentre el vigor y la inteligencia pragmática para emprender un nuevo ciclo de su travesía histórica, todo esto con un presente donde el vínculo riqueza-bienestar se debilita, lo que nos entrega a la tarea de repensar el sistema de prioridades colectivas en una edad de aceleración tecnológica y de profundos cambios en los estilos de vida y en las existencias humanas.

Quienes necesitan crecer más son los países pobres, donde malestar y miseria son procesos sinónimos. Los países desarrollados tienen una tarea para la cual están escasamente preparados: reducir las pulsiones adquisitivas y construir alrededor de una ampliación de derechos, estructuras productivas capaces de sostenerlos y formas ambientales sustentables. El momento de la innovación en el siglo XXI indica que hay que innovar lo que fue innovado en la segunda mitad del siglo XX y los requerimientos son mayores que nunca en cuanto los pilares sobre los que se apoyó la aceleración del mundo moderno están perdiendo pie y capacidad de innovación; sea con la extensión del bienestar en términos de riqueza y en su redistribución, con el medio ambiente o con las estructuras materiales sobre las que éste se apoya.

Me gustaría fijar algunas preguntas a los límites de la política desde una concepción restrictiva de la democracia. No voy a ser original -creo que no es necesario- porque detrás de este objetivo no está sino el intento de ordenar la respuesta coherente a tres preguntas clave; 1) ¿cómo podemos producir cambios en nuestras sociedades sin violencia?; 2) ¿cómo podemos, a través de un sistema de *check and balance*, controlar a aquellos que están en el poder de forma que estemos seguros que no abusan de él?; 3) ¿cómo pueden los ciudadanos tener voz en el ejercicio del poder? Esto es lo mismo que preguntarse, como sugiere Ralf Dahrendorf; 1) ¿cómo los deseos y las aspiraciones de los pueblos pueden traducirse en acciones y, por lo tanto, realizarse?; 2) ¿cómo se puede construir este proceso de manera que se produzca una representación eficaz de aquellos deseos y aspiraciones (los partidos), una discusión correcta acerca de los problemas (el Parlamento), que conduzca a extraer conclusiones (legislación)?; 3) ¿cómo pueden aquellos que ejercen el poder (gobierno) llegar a ser capaces de tomar la iniciativa que produce la acción? Con estas preguntas no quiero negar validez a las diferentes teorías deliberativas de la democracia, ni hacer desaparecer la participación directa -si ello fuera posible- pero sí

quiero, por contra, trazar una frontera empírica, una evaluación de lo que se dice y de lo que se hace que podría, creo, ayudar a despejar cierto arbitrio, peor o mejor fundado. Dicho esto, un problema clave es la dificultad de imaginar el modo en que los ciudadanos pueden expresar su voluntad. La participación popular en el proceso de decisión política queda en parte sin solución.

No es el momento de entrar en el debate que atraviesa las perspectivas teóricas sobre la democracia o la revisión de las teorías deliberativas, sino de afirmarse en dos cuestiones; la primera es que hasta el día de hoy sólo hemos encontrado modelos de participación muy limitados, dejando al margen algunos experimentos parciales -micro- interesantes como, por ejemplo, la participación en algunos entes locales de los ciudadanos en cuestiones como la asignación y la gestión de una parte del presupuesto local o los planes de gobernanza de algunos municipios, etc-, pero son instrumentos de utilidad limitada que siguen planteando más preguntas que respuestas. Otra de las “soluciones” que se ofrecen es sin duda Internet y el network abstracto de debate público que favorecen las modernas tecnologías. La participación que ofrecen estos instrumentos están limitadas en el tiempo y en el espacio, cuando sabemos que su generalización a toda la población es imposible.

El segundo instrumento es la participación popular a través de grandes manifestaciones, gracias a la movilización previa y al debate en Internet, donde se expresan opiniones sobre las instituciones existentes. En todos los casos representan un testimonio de la gran necesidad de participar, poniendo ante nuestros ojos la existencia y la urgencia de una pregunta a la que todavía no hemos encontrado respuesta. Dar la voz a la ciudadanía se ha convertido en un problema. En ausencia de parlamentos fuertes y eficaces, se buscan otras formas para ejercer influencia en el debate político. Ello nos lleva a una gama amplia de tentativas; desde la “política por hipotecas” -foros, lobbys, etc.- hasta la emergencia de nuevos intermediarios -ONG’s, movimientos sociales de viejo o nuevo cuño, etc.-, los medios de comunicación o las plataformas políticas sin partido alejadas de la militancia. Son respuestas desorganizadas que expresan multitud de experimentos, algunos conectados a cuadros de intereses claros, otros a fórmulas que aparecen y desaparecen en el proceso permanente de construcción y reconstrucción, pero todas son dirigidas para encontrar modos de conectar al pueblo con los que toman las decisiones. No es fácil aventurar cuántas fórmulas sobrevivirán o cuáles darán resultados positivos.

Otro plano tiene que ver con los debates en las teorías al uso. Estoy convencido que el tránsito de los antiguos a los modernos no hubiese sido posible si los clásicos del constitucionalismo moderno no hubieran visto que no hay, y que no puede haber, democracia sin reglas, sin procedimientos pautados para la formación de la voluntad colectiva, procedimientos que establecen mecanismos estables para la adopción de decisiones vinculantes. Podemos decir que nuestras democracias no sólo son gobierno de las mayorías en los límites establecidos por la ley sino gobiernos de todos en un marco constitucional predeterminado. Es la forma y no la sustancia del Estado de Derecho lo que define las estructuras democráticas de poder. De este modo es como cabe entender las teorías de la democracia como teorías de las formas de gobierno democrático, teorías que tiene como objeto el análisis y la reconstrucción de las técnicas para el ejercicio del poder en sociedades democráticas. Esto no quiere decir que la democracia no sea más que un conjunto de reglas, es obvio que se refiere a valores y a conductas, esto es a prácticas sociales. La palabra democracia se refiere también, por supuesto, a un tiempo, un ideal y un método donde las formas institucionales son los instrumentos determinantes.

Estos hechos no deben ignorar que da la impresión que en las sociedades occidentales emerge, cada vez más, un votante que individualiza el voto, que opta por una u otra fuerza política dependiendo de los intereses inmediatos y de la percepción que tienen de los partidos. Para ellos, la oferta electoral opera en un mercado en el que pueden elegir lo que más les interesa e incluso pueden elegir “quedarse en casa” si nadie les convence o si creen que su voto puede dar lugar a falsos equívocos. Creer, por ejemplo, que la abstención es achacable a ciudadanos a los que no les interesa la política es no haber entendido la complejidad que almacena este término. Lo que probablemente ocurre es que la sociedad occidental era/es para los partidos políticos una “sociedad segura”, con un comportamiento electoral hecho, casi fijo. Los ciudadanos estaban divididos en sus respectivos bloques políticos y los corrimientos de votos de unos bloques a otros eran escasos o casi nulos y los traslados de votantes dentro de cada bloque tampoco afectaban en demasía a unas u otras fuerzas electorales. Probablemente estamos asistiendo al nacimiento de la época donde votantes sin “complejos”, sin definiciones a priori, políticamente no “enredados” en bloques, pragmáticos, funcionales, que miran a la política de frente, que exigen explicaciones y no decisiones dadas por supuesto, dispuestos a par-

participar en los actos electivos, eligiendo a aquellos candidatos y a aquellos partidos que mejor crean que representan sus intereses.

Decía el empresario norteamericano Donald Trump que “una empresa sobrevive y prospera cuando atiende los detalles”. El problema, en gran medida, de la política tradicional es que ha olvidado trabajar con los “detalles”. No tiene en cuenta, por ejemplo, las cualidades de los candidatos, el poder de la evaluación de los mandatos políticos o el papel relevante que tienen las actuaciones de algunos representantes. No tienen en cuenta que no todo el mundo vale para ejercer la representación, que los liderazgos son activos, que no se crean de *la noche a la mañana*, que son difíciles de conseguir y más aún de administrar, que la marca identitaria de los Partidos, a veces, no es suficiente para suplir las carencias. En una palabra, olvidan la importancia de lo micro -los detalles- en la política y esto “pasa factura”.

Esta es la cuestión que queda en la reflexión sobre los límites de la política; las posibilidades reales de ésta para encarar el nuevo ciclo, la nueva era que se abre en los albores de este nuevo siglo, cuando no está claro que con los instrumentos actuales de los que se dispone esto sea posible, quizá sí en espacios reducidos o en intervenciones micro, pero difícilmente se percibe la posibilidad de trasladar y generalizar este estado de cosas cuando elevamos la distancia y contemplamos las estructuras globales, quizá las formas políticas conocidas no sean capaces por sí mismas de encarar hasta sus últimas consecuencias la gestión de la complejidad de nuestro mundo, quizá estemos hablando de innovación en los usos formales de la política, ¿por qué innovación en tantos aspectos de la vida y no en las formas y en los discursos de la política? cuando, por otra parte, ¿ésta no demuestra especial habilidad para enfrentarse a las preguntas que sugiere el nuevo tiempo?

5. CONCLUSIONES

Los límites y los sentidos de la política están asociados al carácter inconcluso de las respuestas políticas, a sus limitaciones y a la tarea de héroes de todos los que pretenden comprender sus significados en tiempos de incertidumbre. La representación social de la política no se encuentra en el arcón en el que quisieron encerrarla los jerarcas del saber sino en el poder de sus límites, en la mirada hacia los asuntos concretos, en los asun-

tos familiares de la tenue cotidianeidad de los problemas humanos y no en la disolución de la historia ni en la metafísica del progreso.

Una vez más, la política camina a “*hombros de gigantes*”, el enigma que hoy la acompaña no es el de su objeto sino el de su justificación y el de la legitimación de su quehacer. La fundamentación a comienzos del siglo XXI está por hacer. La deconstrucción diferencial en la que estamos sumidos es el síntoma de la imposible reconstrucción del orden perdido. Ni la nación, ni la ciudadanía, ni el Estado, ni otros conceptos como los de clase, Europa, el individualismo, la comunidad, la política de la vida y un largo etcétera, definen los sentidos de la política, siendo, a la vez, importantes y significativos. A la política le ocurre aquello que definió con precisión Max Weber en los comienzos del siglo pasado, “es una dura y prolongada penetración a través de tenaces resistencias, para las que se requiere, al mismo tiempo, pasión y medida. Es completamente cierto y así lo prueba la historia, que en este mundo no se consigue nunca lo posible sino se intenta lo imposible una y otra vez”.

Convendría, no obstante, no olvidar que muchos de los aspectos que compusieron el núcleo duro, el núcleo estratégico de la política utópica, y por extensión del paradigma crítico; las ideas de progreso, la determinación de la historia, los objetivos de la revolución o los ideales de la vida buena, no han sido resueltos. La política está “atrapada” entre la necesidad de su objeto y de sus fines y los fundamentos desde los cuales fueron éstos definidos. La ruptura, por ejemplo, entre la representación del poder y la política; los efectos de la individualización; la desinstitucionalización de las evidencias institucionales; la significación de la globalización en todos los aspectos de la política de la vida cotidiana; el ocultamiento de las agencias de poder; la crisis del parlamentarismo; los problemas de los partidos políticos para representar los intereses sociales en pugna; la desafección política; las múltiples formas de construir la democracia; la división entre política tradicional, oficial y la pedagogía de la subpolítica; la revisión de las fuentes y las bases del bienestar; el multiculturalismo; la reconfiguración del poder político y su repercusión en la definición tradicional del sentido del Estado-nación; y, en general, la ruptura del consenso histórico entre economía, sociedad y política, “hablan” de los límites de la política en nuestro tiempo.

No cabe en esta coyuntura insistir en los caminos trillados ni en huir del valor del objeto de lo político, sino en decir, con N. Luhmann, que

no existe instancia en la sociedad moderna capaz de guiar las mutaciones de nuestro tiempo en dirección a algún resultado global; hay posibilidades de influenciar lo que se hace. Esta afirmación no debe acabar ahí sino que dirige la mirada a los escenarios de la acción, destacando lo que forma parte de la definición de la “crisis” de la política y es que la desilusión es mayor cuando juega con las expectativas que le atribuyen un papel central en nuestra sociedad ¿Por qué digo esto? Pues porque frente a la perspectiva de que la política lo puede todo y puede con todo están sus posibilidades reales. En definitiva, si por una parte se transforma en el destino de las quejas que experimentan los ciudadanos por los sinsabores de la vida, por otra las posibilidades de intervención para cambiar el estado de cosas son limitadas. Otra cosa es que la Sociología deba interpretar estos sentidos a la luz de la fuerza analítica y comprensiva que le brinda la teoría de la sociedad con la que nos acercamos a mirar el presente, pero, ¿con qué herramientas contamos?

PARA CITAR ESTE TRABAJO EN BIBLIOGRAFÍAS:

GURRUTXAGA ABAD, Ander (2008): “Mediaciones, Límites y Posibilidades de la Acción Política”, *Mediaciones Sociales. Revista de Ciencias Sociales y de la Comunicación*, nº 2, primer semestre de 2008, pp. 155-178. ISSN electrónico: 1989-0494. Universidad Complutense de Madrid.

Disponible en: <http://www.ucm.es/info/mediars>

^(*)El autor

Ander Gurrutxaga Abad es Catedrático de Sociología en la Universidad del País Vasco. Ha sido Vicerrector de Profesorado de la Universidad del País Vasco (1990-1991). Director del Departamento de Sociología. Director de Universidades y Viceconsejero de Universidades e Investigación del Gobierno Vasco (1996-2001). Entre las publicaciones destacan, entre otros, los siguientes libros: *El Código Nacionalista en el País Vasco durante el Franquismo* (1985); *La Refundación del Nacionalismo Vasco* (1991); *Las Transformaciones del Nacionalismo* (1996); *La Perplejidad Sociológica* (1996); *La Mirada Difusa* (2002); *El Presente del Estado-Nación* (2004); *La Producción de la Idea del Nosotros* (2005); *Spanish and Latin American Transitions to Democracy* (2005); *El Malestar en la Democracia* (2005). Ha impartido, como profesor invitado, cursos en varias universidades extranjeras y españolas.